

**LOS LABRADORES DEL AZAR.
UN ESTUDIO SOBRE LAS REPRESENTACIONES Y
LAS DINÁMICAS DE LA JUVENTUD RURAL ***

*The Growers of Luck. A Study on
Representation and Dynamics of Rural Youth*

NURYS ESPERANZA SILVA CANTILLO **
Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

* Estudiante de la Maestría en Antropología de la Universidad Nacional de Colombia y miembro del semillero de jóvenes investigadores del proyecto ¿Quiénes son los campesinos hoy?, realizado por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), el Grupo de Estudios sobre Identidad de la Universidad del Rosario, el Grupo de Estudios Sociales Comparativos de la Universidad del Cauca y con el apoyo de Colciencias.

** nurys_silva@hotmail.com

Artículo de revisión recibido: 1 de agosto del 2009 · aprobado: 24 de septiembre del 2009

RESUMEN

La juventud rural está en el centro de los dilemas sobre la desaparición y la persistencia del campesinado. A pesar de la importancia de este grupo poblacional, los estudios sobre los campesinos tienden a abordar el tema de forma tácita. El presente artículo expone de manera explícita la forma como se han producido las imágenes de la juventud campesina de Colombia. Para ello, se retoman las perspectivas políticas y académicas desde las que se ha abordado el tema con el fin de mostrar las implicaciones de dichas imágenes en la realidad social de la juventud del campo. Además, se exploran —con base en el trabajo de campo desarrollado en Garagoa (Boyacá) desde agosto del 2008— las dinámicas de la juventud rural, en un contexto en el que los jóvenes son impulsados a ejercer un papel productivo, cuando no existen las condiciones para ejercer tal rol.

Palabras clave: *juventud rural, labores rurales, identidad de los campesinos, Garagoa (departamento de Boyacá).*

ABSTRACT

Rural youth is in the middle of the dilemmas about the extinction and persistence of peasantry. Despite the significance of this population group, scholar researches on peasants tend to approach the subject in a tacit fashion. This paper explicitly shows how images of peasant youth in Colombia have been produced. For this, the political and academic perspectives have been taken up from which the subject has been approached. In order to evidence the implications of such images in the social reality of rural youth. Besides —based on the field work made in Garagoa (Boyacá) since August 2008— the dynamics of rural youth have been explored in a context where the young are forced to exert a productive role, even when there are no conditions to exert it.

Key words: *rural youth, rural work, identity of the peasants, Garagoa (Department of Boyacá).*

¿Hay jóvenes en el campo? Este fue el primer interrogante que surgió cuando decidí hacer mi trabajo de investigación sobre la juventud rural en el departamento de Boyacá. La pregunta iba más allá de confirmar la existencia de población entre 14 y 26 años de edad, como lo define la Ley 375 de 1997; consistía, más bien, en comprender si la población del campo que tenía esa edad era igualmente considerada joven. La duda nació al encontrar poca correspondencia entre las características que son atribuidas a la juventud y aquellas con las que comúnmente son imaginados los jóvenes del campo. Mientras que *La juventud* ha sido representada en torno al ocio, la educación y el consumo, los jóvenes del campo han sido asociados a la producción y el trabajo. Si bien es el papel productivo con el que han sido principalmente representados, este también ha contribuido a negarlos como sujetos jóvenes.

En este escrito se quiere hacer evidente la forma como se han producido las imágenes de la juventud del campo y las implicaciones que han tenido sobre su realidad social. El presente artículo es el resultado del análisis de las políticas y los estudios sociales relacionados con la juventud rural, así como del trabajo etnográfico llevado a cabo en el municipio de Garagoa (Boyacá) durante cuatro temporadas de campo realizadas desde agosto del 2008. La principal conclusión de este estudio muestra que la manera como ha sido representado el joven rural genera una serie de tensiones que ha creado una realidad social contradictoria, en la que los jóvenes del campo son impulsados a ejercer un papel productivo, sin que exista un escenario claro donde este papel sea posible.

Es necesario aclarar que las problemáticas de la juventud rural no son radicalmente distintas de aquellas que pueden ser consideradas para el resto de los campesinos. Por lo tanto, tendré en cuenta no solo los testimonios de quienes en este momento son considerados jóvenes, sino también las narraciones que muestran cómo otros han afrontado este periodo de vida en tiempos precedentes. Me interesa observar lo que ha implicado la juventud para la sociedad rural, con el fin de comprender los procesos por los cuales se presentan los cambios sociales.

En este trabajo mostraré la manera progresiva como aparece la problemática de los jóvenes del campo. Posteriormente, me centraré en esclarecer la configuración de las imágenes sobre ellos en los modelos de desarrollo y algunos estudios sociales. Finalmente, presentaré, a partir de un estudio etnográfico en el municipio de Garagoa, la forma

como se desenvuelven los jóvenes en la búsqueda por acceder al papel productivo que les ha sido asignado en medio de la crisis de la economía campesina de los últimos años.

LA JUVENTUD RURAL, EL SURGIMIENTO DE UNA PROBLEMÁTICA

Dentro de los estudios generacionales, la *juventud rural*¹ ha sido la población menos estudiada. Posiblemente se debe a que las formas de vida de los jóvenes del campo no encajan con las expresiones que comúnmente han sido atribuidas a este periodo de vida. Los estudios sobre juventud que se han realizado a lo largo del siglo xx han estado motivados por dos problemáticas fundamentales. En primer lugar, los investigadores de la escuela culturalista norteamericana se interesaron por descubrir cómo se formaba el carácter en otras culturas y por entender cómo las sociedades no occidentales y étnicas afrontaban el periodo de paso de la infancia a la edad adulta (Bateson & Mead, 1942; Benedict, 1967; Mead, 1990). En segundo lugar, los estudios de la Escuela de Chicago y algunos adelantos en el campo de la juventud en Norteamérica, Europa y América Latina se han ocupado de las agrupaciones urbanas, cuyos estilos de vida no podrían pasar desapercibidos debido a sus prácticas de agrupación y de consumo, evidentes en la vistosidad de su vestuario, peinado, música y las marcadas expresiones de agresión contra algunos valores hegemónicos (Barbero, 1998; Costa, Pérez & Tropea, 1997; Feixa, 1999; Margulis & Urresti, 1998; Monod, 2002; White, 1981). Los jóvenes del campo no parecen amoldarse a ninguno de los dos casos mencionados: no hacen parte de un grupo étnico diferenciado ni tampoco reúnen las características de las poblaciones urbanas. Aunque los trabajos sobre la juventud reconocen diversas formas de expresión de este periodo de vida, la mayoría de los estudios se han centrado en las expresiones de estilos estéticos particulares llamados “subculturas”, “contraculturas”, “culturas juveniles” o “tribus urbanas”. ¿Qué lugar podrían tener los jóvenes del campo colombiano dentro de este tipo de estudios?

1 Consideraré a la juventud rural como aquella población entre 14 y 26 años de edad, vinculada por origen a las veredas y cuyo sustento económico depende en algún grado de las actividades agropecuarias, sean o no realizadas por ellos. En principio usaré una categoría etérea y, a partir de allí, indagaré en los significados que este periodo de vida tiene para la población rural.

El tema de la juventud rural en Colombia ha sido tratado, en la mayoría de las ocasiones, de forma tácita. Las políticas públicas y los estudios sociales incluyen a este grupo poblacional dentro de un sinnúmero de problemáticas concernientes al campesinado y a la población rural en general, pero pocas veces hacen evidente el lugar de los jóvenes como sujetos de estas.

La tenue aparición de la juventud rural como población de estudio se encuentra directamente asociada con dos procesos que ocurrieron de forma paralela durante la segunda mitad del siglo xx. El primero está relacionado con la visibilidad internacional que alcanzó la juventud desde 1960 y que se consolidó en la década de 1980. El segundo está vinculado con la desagrarización del campo en América Latina tras las políticas de apertura económica. Este proceso estuvo acompañado del recrudescimiento de la brecha rural-urbana y el surgimiento de nuevas identidades (desligadas de la producción agropecuaria) en el escenario rural, circunstancias que hicieron que los jóvenes empezaran a ser un foco de atención (González, 2004).

El interés por los jóvenes ha ganado relevancia mundial desde la década de 1960, en un momento en el que los organismos internacionales reconocen el difícil lugar que ellos han tenido en la historia de la mayoría de las naciones. Mediante la Resolución 2037 de 1965 la Asamblea General de las Naciones Unidas acoge la “Declaración sobre el fomento entre la juventud de los ideales de la paz, respeto mutuo y comprensión entre los pueblos”. La razón para esta atención especial se dio “teniendo presente que en las guerras que ha padecido la humanidad fueron los jóvenes los que más sufrieron y tuvieron mayor número de víctimas”, y en función de que es la juventud la “que está llamada a dirigir los destinos de la humanidad”. Las Naciones Unidas buscaban mediante esta Declaración “el respeto de la igualdad soberana de los Estados y la abolición definitiva del colonialismo y de la discriminación racial y de otras violaciones de los derechos humanos”. Más tarde este mismo organismo declara, mediante la Resolución 40/14, el año 1985 como “Año de la Juventud y la Paz”. A partir de las iniciativas de las Naciones Unidas surgen acciones regionales y nacionales enfocadas en la juventud. En 1983 la CEPAL² lidera los diagnósticos relacionados con

2 Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

la juventud en América Latina. En 1985 se realiza el Congreso Mundial de la Juventud y en 1987 se celebra la primera Conferencia Iberoamericana de Juventud. Posteriormente, en 1992, como resultado de la VI Conferencia Iberoamericana de Juventud, nace la OIJ³ (Rodríguez, 1999; CELADE-CEPAL, FNUAP, OIJ, 2000).

Aunque la juventud rural en América Latina pareciera estar incluida dentro de estos estudios y políticas, este grupo poblacional ha permanecido invisible. En el año 2005 el *Informe mundial sobre la juventud*⁴ declara que la mayoría de los países no tienen programas específicos para el desarrollo de la juventud rural, aun cuando las condiciones de esta población se han agravado especialmente en los “países en vía de desarrollo” donde ha declinado la economía rural desde 1995 (Naciones Unidas, 2005).

En Colombia el *Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes 1985-2003* (Escobar, 2004: 190) ratifica la poca presencia de la juventud rural dentro de las investigaciones sociales, las cuales se han centrado en

[...] las formas de agrupación juvenil; a la significación de la ciudad a través de los espacios y prácticas de encuentro; a la influencia de los medios de comunicación y las industrias culturales; y desde otro enfoque, a la vinculación de los jóvenes a la violencia y la delincuencia urbana. Por su parte, la dimensión rural aparece mucho menos en los estudios y se centra en la escasez de oportunidades para los jóvenes del campo, que los pone en riesgo de ingresar a los grupos armados.

Las problemáticas asociadas a la juventud rural —como la migración, el desempleo y la presencia del conflicto armado— han generado un gran impacto sobre las condiciones del campo en América Latina y se encuentran directamente relacionadas con el proceso de desagravación del espacio rural en los países de la región. En este sentido, los estudios demográficos ofrecen un panorama general sobre la importancia e incidencia de las dinámicas de los jóvenes en el conjunto de la sociedad rural.

3 Organización Iberoamericana de Juventud.

4 Título original: *World Youth Report*.

En el año 2004 la FAO (Stloukal, 2004) evalúa la situación demográfica de la población rural de los “países en vía de desarrollo”. Este artículo muestra cómo gran parte de las problemáticas de las zonas rurales de estos países son el resultado del progresivo envejecimiento de su población. El descenso de las tasas de natalidad de la población rural, unido a la continua migración de la población joven y la alta mortalidad de los jóvenes adultos de sexo masculino han traído como consecuencia una importante transformación en la composición de las familias. Existe la tendencia a que los ancianos vivan solos o sean quienes encabezan los hogares. Además, la alta mortalidad masculina tiene como resultado la feminización de la tercera edad. La composición familiar hace a la población altamente vulnerable a la pobreza, debido a que en muchas ocasiones los ancianos presentan discapacidades que les impiden producir los medios necesarios para su sustento. Así mismo, el agro de estos países pierde gran parte de su capacidad productiva, lo que ha traído efectos negativos en la economía de las naciones en cuestión. Las proyecciones poblacionales advierten que esta situación tiende a profundizarse en los próximos años, y señalan que para el año 2025 habrá un incremento del 2,5% al 3,5% de las personas mayores de sesenta años y un decremento progresivo de los demás grupos de edad (Stloukal, 2004).

En el caso colombiano, durante la segunda mitad del siglo xx las zonas rurales presentaron una mayor proporción de población dependiente (los menores de 15 años y los mayores de 60) con respecto a las zonas urbanas. En los demás rangos de edad, las áreas urbanas han presentado una mayor proporción con relación a las áreas rurales. La tendencia proyectada por Stloukal (2004) se puede observar en el incremento progresivo de la proporción de la población mayor de 60 años en la zona rural a partir del censo de 1985. Mientras que en la zona urbana este crecimiento está correlacionado con el proceso de transición demográfica⁵, no ocurre lo mismo en la zona rural en donde al mismo tiempo que hay un aumento relativo de los mayores de 60 años se mantiene una alta proporción de menores de 15 años en relación con el resto de grupos de edad. Sin embargo, la población joven

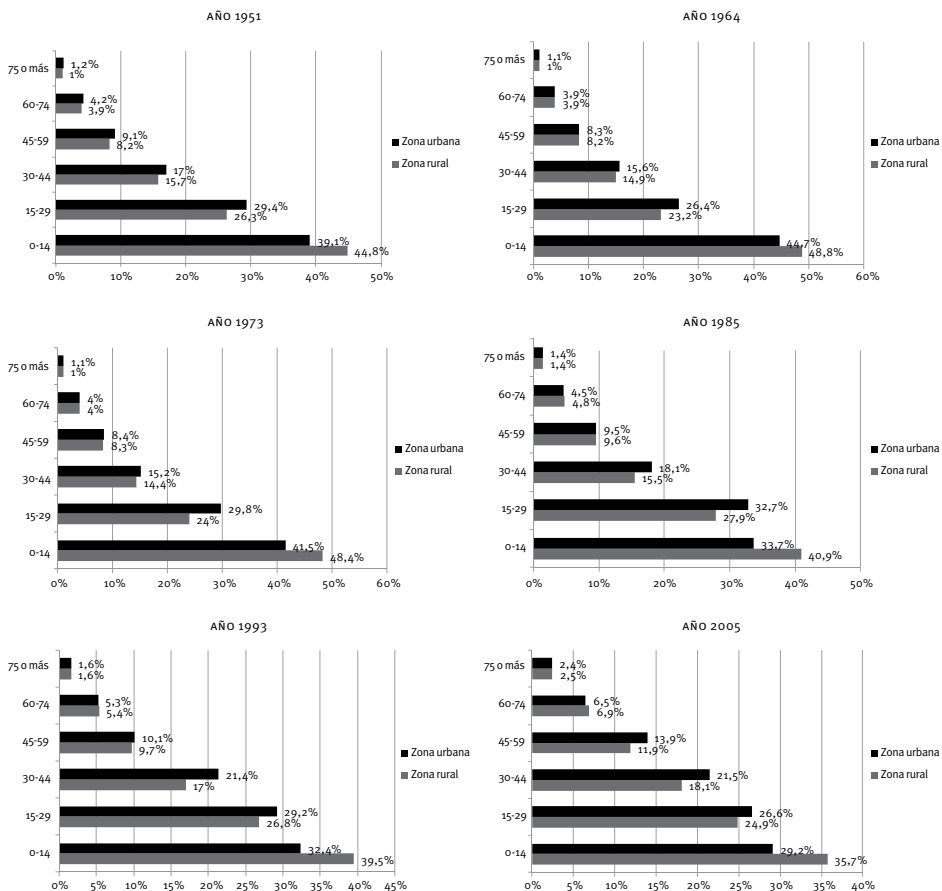
5 Proceso demográfico en el que disminuyen las tasas de natalidad y mortalidad de una población.

del espacio rural, aunque con ligeras fluctuaciones, mantiene su proporción (figura 1). Lo anterior abre el interrogante sobre las dinámicas de esta población y sobre las razones no demográficas por las que se ha llevado a cabo el proceso de desagrarización de las zonas rurales.

Los cambios demográficos y la preocupación por la desagrarización del campo han creado un naciente interés por los jóvenes rurales, pues es de ellos de quienes depende el futuro de estas poblaciones. De ahí la

Figura 1

Porcentajes de población por rangos de edad en las zonas rural y urbana de Colombia, con base en los censos realizados por el DNE (1951) y el DANE (1964, 1973, 1985, 1993, 2005)



importancia de comprender cómo se han creado distintas representaciones y formas de intervenir sobre la juventud del campo a través de los modelos de desarrollo en Colombia desde la segunda mitad del siglo xx.

PRODUCTIVIDAD, RUSTICIDAD Y VIOLENCIA: LAS IMÁGENES DE LA JUVENTUD RURAL FRENTE AL DESARROLLO EN COLOMBIA

En este apartado haré evidentes las imágenes y las formas de intervención de distintos actores institucionales sobre los jóvenes del campo en los dos modelos de desarrollo que se han implementado en el país. Me centraré en los programas de desarrollo agrícola y educación rural llevados a cabo a partir de la segunda mitad del siglo xx. Posteriormente, mostraré la relación entre estas perspectivas y las afirmaciones de algunos estudios sociales que han abordado la temática.

Los modelos de desarrollo han acompañado las representaciones de distintas poblaciones en Colombia. La juventud rural no ha sido ajena a esta situación. A pesar de que ha permanecido como una población marginal dentro de los enunciados del progreso, ha estado en la base de los conflictos y las posibilidades para lograrlo. Los jóvenes del campo no son mencionados como sujetos; sin embargo, aparecen de forma reiterada como una fuerza productiva.

En los dos modelos de desarrollo que se han implementado en Colombia a partir de la segunda mitad del siglo xx, los jóvenes del campo son una fuente para la producción de riqueza o, en su defecto, un obstáculo para el progreso. En el modelo de sustitución de importaciones, los “países en vía de desarrollo”, que carecían de capital, debían aprovechar la mano de obra como recurso abundante que permitiría generar divisas para lograr una transformación estructural de la economía. Este proceso consistía en el desarrollo industrial y urbano gracias a la fuerza de trabajo y las materias primas a bajo precio que eran ofrecidas por el sector rural (Johnston & Mellor, 1962: 284-290). Sin embargo, bajo este modelo era necesario lograr la modernización de las prácticas agrícolas y la capacitación de una fuerza de trabajo que, eventualmente, debía migrar a las ciudades para potenciar la industria. Por lo tanto, la producción agrícola, la educación y la migración fueron los tres ámbitos en donde la juventud rural ocupó un lugar importante.

En el caso de los programas de producción agrícola que se implementaron durante la segunda mitad del siglo xx, las referencias a

la juventud rural han quedado dispersas entre los informes de trabajo y los programas de asistencia técnica y de transferencia de tecnología del ICA⁶ en el programa DRI⁷. En estas labores, los extensionistas tenían la tarea de transformar las prácticas agropecuarias de los campesinos para lograr una mayor productividad. Dentro de las conclusiones de algunos estudios presentados por el ICA, la “falta de conocimiento técnico” y “la escolaridad” eran obstáculos para la adopción de nuevas prácticas productivas. Además, en los programas de extensión se observaba “mayor participación por parte de los agricultores más jóvenes, los analfabetos, los de menor experiencia en el cultivo” (ICA, 1971: 701). Según algunos de estos trabajos (García, s. f.: 8), los jóvenes agricultores tenían cualidades distintivas: “Son receptivos a las nuevas ideas, a los cambios tecnológicos y actividades socio-culturales. Permanentemente están haciendo innovaciones en sus hogares, explotaciones y equipos. [...] Sienten orgullo de su juventud y de sus energías. Les agrada la competencia para sobresalir”. Por estas razones quienes ejecutaban los programas de desarrollo agropecuario dirigían sus esfuerzos sobre la juventud rural. Los testimonios de Alirio Gamboa y de Álvaro Rojas (entrevista, 2008, junio 28), funcionarios del ICA y de Corpoica⁸ entre 1980 e inicios de la década de 1990, pueden ilustrar la permanencia de este enfoque.

Alirio Gamboa. Es que la idea, el ICA... yo estoy de acuerdo con esa tesis del ICA, realmente es mejor trabajar y tratar, digamos moldear, moldear temperamentos, capacitar a la gente joven, porque la gente joven no tiene tantos resabios, digamos —un poquito vulgarmente— tantas mañas, en cambio el adulto tiene muchos resabios, muchas mañas, es muy difícil moldear.

6 Instituto Colombiano de Agricultura vinculado al DRI (Programa Nacional de Desarrollo Rural Integrado).

7 El Programa Nacional de Desarrollo Rural Integrado fue creado en 1975 para impulsar la productividad agrícola y el acceso al mercado por parte de los campesinos. Se basó “en la promoción, organización y capacitación de las formas asociativas para la intervención directa en la comercialización de productos [...] con el apoyo de la capacitación para el mercado, asistencia técnica —incluyendo información de precios y mercados— y crédito”; y buscaba atender los sectores más pobres “aumentando la producción agroalimentaria a nivel de la pequeña producción y de la agroindustria y posibilitando el acceso de sectores marginales urbanos a una mejor alimentación” (FAO, 1993: 6, 33).

8 Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria.

Álvaro Rojas. En el trabajo que yo hice, esa fue una de las conclusiones en la cuestión de la transferencia de tecnología, justamente una de las barreras es esa, la gente tiene una concepción diferente a la del técnico.

Alirio Gamboa. La gente joven es más fácil de educar, de enseñarle muchas cosas. La gente adulta, yo hago mucho la comparación, es casi evangélica... Por ejemplo, cuando Santo Tomás... resulta que a Santo Tomás le dijeron que Cristo había resucitado... [Él dijo:] “yo no creo, yo hasta tanto no meterle el dedo en las llagas, o hasta tanto no verle las cicatrices, no creo”. Al productor rural, al campesino le pasa lo mismo: él hasta no ver, no creer.

Los funcionarios de las instituciones de desarrollo rural vieron a los jóvenes rurales como los principales agentes de cambio, sobre quienes se debía actuar y a quienes se debía organizar para contrarrestar el lastre del subdesarrollo para modernizar la producción. Sin embargo, los programas de extensión rural no tenían un énfasis poblacional, iban dirigidos al conjunto de la familia campesina.

Fue a partir de la década de 1980 cuando empezaron a aparecer programas para la producción enfocados en la juventud. Entre estos cabe destacar el intento por consolidar la Asociación Nacional de Jóvenes Agricultores, liderada por la Federación Nacional de Cafeteros (García, s. f.: 4-27), y el surgimiento de la fundación de carácter privado Fundejur⁹, apoyada por algunas organizaciones nacionales e internacionales¹⁰. Estas iniciativas nacen con la finalidad de ofrecer posibilidades de capacitación, asistencia técnica y crédito, para que los jóvenes sin capital pudieran emprender proyectos productivos. García (s. f.: 5) explica:

Ellos no poseen finca; no tienen capital de trabajo; no son jefes de hogar, ni líderes veredales. Cabe preguntar: entonces, ¿tendremos que esperar cinco, diez o más años a que sean adultos para llegar a ellos con los servicios de educación, la capacitación técnica,

9 Fundación para el Desarrollo de la Juventud Rural.

10 A continuación, las organizaciones que brindaron su apoyo: Sociedad de Agricultores de Colombia, Federación Nacional de Algodoneros, Federación Colombiana de Productores de Papa y Federación Nacional de Cafeteros; Organización de Estados Iberoamericanos y Banco Interamericano de Desarrollo.

con el crédito y la asistencia técnica y social? Tenemos que ser conscientes de que debemos trabajar con LA JUVENTUD RURAL si queremos tener en el futuro agricultores tecnificados, hogares estables y veredas más desarrolladas.

La educación técnica y agrícola fue la acción pública dirigida especialmente a la juventud rural. Este fue el mecanismo para lograr una capacitación de la fuerza de trabajo en las zonas rurales y urbanas, y a su vez fue una vía que promovió la migración. En las políticas educativas enfocadas en el sector rural entre 1958 y 1980 se puede inferir que la educación formal se dirigió a la alfabetización de los niños e implicó el desplazamiento de los jóvenes (Caro, 1981). Después de 1975, tras la finalización de las escuelas radiofónicas de ACPO¹¹, con contadas excepciones, no fue posible culminar la educación media-vocacional ni la profesionalización de los jóvenes rurales sin su migración a las zonas urbanas.

Antes del Plan Decenal (1959-1969), la educación rural consistía en educación rural alternada (dos años de estudio), la educación rural de un solo sexo (cuatro años de estudio) y la escuela urbana (cinco años de estudio). En el periodo del Plan Decenal, que buscaba la reducción de la diferencia entre el salario rural y el urbano, nació la Escuela Nueva como modelo para flexibilizar la educación básica. Este programa logró contrarrestar el efecto de la escasez de recursos para la educación rural mediante un método centrado en la autonomía y el ritmo de los estudiantes en cursos multigrado, pero no se consolidó en el ámbito nacional como una propuesta para afianzar la educación media en el escenario rural (Colbert, 1999). Con respecto a la educación vocacional, el programa hizo énfasis en la creación de internados rurales y de bachilleratos técnicos, comerciales y vocacionales agrícolas y agropecuarios (Caro, 1981). Empero, quienes deseaban continuar sus estudios más allá del quinto año, debían desvincularse de sus redes familiares y sociales para acceder a los internados y colegios localizados, en su mayoría, en las áreas urbanas.

11 Programa de Acción Cultural Popular, promovido por la Unesco y el Vaticano. Tuvo como finalidad la educación campesina a partir de la Radio Sutatenza, que alcanzó una cobertura nacional. Hizo presencia en Colombia de 1948 a 1975 con sede en el Valle de Tenza.

Entre 1975 y 1982 la educación rural estuvo articulada a los programas de desarrollo agropecuario. El DRI dio continuidad al programa de Escuela Nueva en la educación básica. En cuanto a la educación vocacional, se crearon los ITAS¹² y los PMR¹³ cuya finalidad era formar empresarios agrícolas. En este periodo, el SENA¹⁴ fue la institución que lideró la capacitación de los programas de educación vocacional (Caro, 1981).

A finales de la década de 1970 y durante la década de 1980 hubo una importante distinción en las políticas educativas para el espacio rural. La etnoeducación, concebida a partir del Decreto 1142 de 1978, reconoció el derecho de los pueblos indígenas a educar a sus niños y jóvenes de acuerdo con sus características culturales y las necesidades de cada etnia, así como el derecho a participar en el diseño de sus programas, con la alfabetización en su propia lengua y la definición de los parámetros para elegir sus propios maestros indígenas (quienes debían ser bilingües). Estos parámetros que definían la etnoeducación como la posibilidad de crear “otra” sociedad que permitiera “un reconocimiento y a la vez relación con otras culturas y con la sociedad hegemónica en términos de mutuo respeto” (Enciso, 2004: 31-32) fueron un gran paso en el reconocimiento de su cultura. Hubo entonces un distanciamiento entre los programas de etnoeducación y el Programa Educativo Rural (PER), pues mientras que a las poblaciones indígenas se les reconoció un sustento cultural que ellos mismos podían transmitir al conjunto de sus miembros, la educación para el resto de las llamadas “poblaciones vulnerables” se estableció como la forma de transmitir la cultura a quienes carecían de ella. Así, al mismo tiempo que significó la posibilidad de acceso al conocimiento, también reafirmó la imagen de ausencia de cultura entre los pobladores rurales, quienes con maestros externos y límites en la continuidad de la educación siguieron siendo una población marginal dentro de los programas educativos del Estado. Por lo tanto, para acabar con el estigma de la ignorancia que ha acompañado los estereotipos sobre el campesinado, los jóvenes debían distanciarse de su localidad de origen para acceder a la educación.

12 Institutos Técnicos Agrícolas.

13 Programas Móviles Rurales de Capacitación Empresarial.

14 Servicio Nacional de Aprendizaje.

La migración promovida por el sistema educativo no estaba del todo en contravía de las perspectivas de progreso del momento. Desde el punto de vista del modelo de desarrollo de sustitución de importaciones, la migración rural fue deseable para el crecimiento económico. Según Salomón Kalmanovitz y Enrique López (2006), el primer estudio técnico auspiciado por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), realizado en 1950, llegó a la conclusión de que el atraso económico del sector rural no estaba en la gran propiedad sino en el minifundio. Por lo tanto, mediante la tecnología se debía incrementar la producción de la gran propiedad y fomentar la migración de los pequeños productores a las urbes. Sin embargo, los gobiernos de la década de 1960 objetaron esta visión; argumentaron que no era sostenible en las urbes que empezaban a presentar tasas altas de desempleo y, además, “iba en contravía de la defensa del modo de vida campesino” (Kalmanovitz & López, 2006: 171). A pesar de la oposición de los gobiernos, fue en la década de 1960 cuando el país realizó su transición de mayoría rural a mayoría urbana (Murad, 2003; Yepes, 1976). En consecuencia, desde la década de 1970 la migración rural empezó a dejar de ser deseable y la agenda política se centró en las tensiones sociales que emergían en el campo y en la creciente desocupación en las ciudades (Kalmanovitz & López, 2006: 147-201).

El desempleo fue uno de los motivos para promover la permanencia de la población campesina en la zona rural. Sin embargo, en 1991, con la implementación del modelo neoliberal¹⁵ inició un proceso cíclico de crisis agrícolas que ha debilitado la estructura agraria nacional. Durante este periodo ha habido una reducción progresiva de las instituciones del Estado encargadas del fomento agropecuario, y ha aumentado el proceso de concentración de la tierra¹⁶ que ya era

15 El modelo neoliberal implicó un cambio de perspectiva sobre los medios para alcanzar el desarrollo. De una economía hacia dentro, regulada por el Estado, se pasó a una economía hacia fuera, en la que la intervención del Estado fue vista como un obstáculo para la internacionalización de la economía y el logro de mayores niveles de competitividad y eficiencia en la producción. Para lograr la competitividad y la obtención de divisas, el modelo hace énfasis en la exportación de cultivos tropicales permanentes con ventajas comparativas en el mercado internacional (banano, flores, café) en desmedro de los cultivos transitorios (maíz, trigo, cebada, sorgo, entre otros) propios de la producción campesina (Kalmanovitz & López, 2006; Suárez, 2007).

16 Aurelio Suárez muestra el incremento de las propiedades mayores a 500 hectáreas,

crítico en la historia de Colombia. Igualmente, han disminuido las áreas sembradas para la producción de alimentos, la rentabilidad de la producción tradicional campesina y, en consecuencia, el empleo rural (Suárez, 2007: 64-125). El nuevo modelo de desarrollo ha sido debatido, ya que el énfasis en la producción de bienes con ventajas comparativas para la exportación no ha alcanzado su finalidad, no ha logrado compensar el ritmo de las importaciones y el creciente aumento de la dependencia alimentaria del país. La existencia de una sobreoferta de productos tropicales en el mercado internacional ha restado la competitividad de la producción y, por lo tanto, la obtención de divisas reside en la disminución del costo de la fuerza de trabajo (Suárez, 2007: 64-125). Aunque los campesinos y la producción de alimentos dejaron de ser los medios para lograr el desarrollo, la mano de obra a bajo costo sigue siendo la base de la acumulación de capital a costa del deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores.

A partir de la década de 1990 ha habido un mayor énfasis poblacional en las políticas del Estado, y la juventud ha sido uno de los grupos que ha tenido algún grado de visibilidad. En los últimos años ha habido un incremento en la escolaridad de los jóvenes del campo (Durstun, 2000), que se hace evidente en los programas de formación. En la educación básica y media la educación ha sido impartida de forma semipresencial a partir de los programas de Posprimaria y Telesecundaria. Por su parte, los programas de educación superior a cargo de los Ceres¹⁷ y el SENA han promovido el discurso de la transformación de los campesinos en empresarios del campo. Sin embargo, el desmonte progresivo de las instituciones del Estado en el área rural ha impedido la existencia de condiciones estructurales que posibiliten la producción (Suárez, 2007). Además, el incremento de las oportunidades educativas no han conducido “ni a una más equitativa distribución del ingreso, ni a una mayor movilidad social, ni a la configuración de un mercado laboral” (Parra & Zubieta, 1983: 2). Esta incongruencia entre las oportunidades educativas y el acceso al empleo en el escenario rural y fuera de este es una de las más fuertes denuncias que realizan

que pasaron de ocupar el 29% del área rural del país en 1996 al 63% del total en el año 2006 (2007: 124).

17 Centros Educativos Regionales de Educación Superior.

los campesinos. Miguel Antonio Martín y José Alcides Vivas (entrevistas, 2009, julio 23) explican:

Miguel Antonio Martín. Ellos quieren decir que generaron un impacto de 10.000 ó 20.000 toneladas ó 10.000 ó 20.000 hectáreas y nosotros aquí no trabajamos sino en un cuartico de tierra. Estamos sacando unas dos yucas, unas dos papas acá a la plaza. Entonces eso es muy insignificante, eso no le interesa al gobierno. [...] Entonces, como el campo no es atractivo en ese sentido, yo produzco y eso me da pérdidas, obligatoriamente tengo que mirar para donde agarro.

José Alcides Vivas. La familia [...], por ahí máximo a que hagan bachiller y les dio lo mismo porque no hay trabajo. Pa'que ellos regresen al campo es difícil. Ellos estudian anhelosos a conseguir un trabajo y como tan fácil no lo consiguen, a veces consiguen la muerte. Se mira temeridad.

Si bien las políticas han hecho un énfasis económico en las perspectivas sobre la juventud y los campesinos en general, los estudios sociales permiten ver otras problemáticas y algunas formas de respuesta de la población ante las demandas del Estado. Igualmente, los estudios sociales han contribuido a crear otras formas de representación de la juventud rural.

Antes de la década de 1990 los estudios sociales tenían en cuenta a la juventud como parte de la familia y de la sociedad rural. Esta población estaba incorporada dentro de las dinámicas y las formas de vida del campesinado. Después de 1990 los estudios sociales han visto a la juventud como la promotora de transformaciones y la creadora de nuevos códigos culturales.

A mediados del siglo xx, los primeros estudios que hacen referencia a la juventud rural en Colombia son *Campesinos de los Andes* (Fals Borda, 1961) y *La Violencia en Colombia* (Fals Borda, Guzmán & Umaña, 2005). La manera como en estos estudios se aborda dicho grupo poblacional ratifica las condiciones de precariedad y conflicto que han afrontado los pobladores rurales, al tiempo que manifiesta los graves efectos que ha tenido la violencia sobre la familia y el proceso de socialización de los jóvenes. En los textos mencionados los campesinos ocupan un lugar central dentro de la nación colombiana;

el “hombre rural” es descrito como “la entraña [...] de un pueblo subdesarrollado” (Fals Borda, Guzmán & Umaña, 2005: 163), en un momento en el que “las comunidades rurales” eran vistas como “el fundamento sobre el cual descansa la sociedad colombiana” (McAlister, citado en Fals Borda, 1961: xv). Por lo tanto, aparece un interés específico por contrarrestar las dificultades de los campesinos para lograr el progreso. Sin embargo, la idea de desarrollo centrada en el crecimiento industrial y urbano promovió la desarticulación del campesinado a partir de la migración. Orlando Fals Borda, Germán Guzmán y Eduardo Umaña (2005) muestran cómo en este proceso tuvo más peso la vía de la violencia que la del desarrollo. En el caso de la Violencia de mediados del siglo xx, las edades de las víctimas y de los actores de la guerra fluctuaban “entre los 14 y los 35 años con pocas excepciones” (Fals Borda, Guzmán & Umaña, 2005: 161). Las descripciones ahondan en las características psicológicas y físicas de los jóvenes, que facilitaban el reclutamiento (pp. 162, 182):

Hombres elementales, primitivos, de mínima educación, sin asimilación de la conciencia histórica, sensibles a su música que es bella, cadenciosa, de insinuante ritmo que va alma adentro, fieramente celosos del honor y de su hogar, buenos hijos, largos en el derroche del dinero y del alcohol [...].

Jóvenes y adolescentes [...] [por] razones de táctica: poderse trasladar con pasmosa agilidad y rapidez en mínimo tiempo a sitios distantes, por terrenos impenetrables, después de realizar un acto criminoso, el “daño”, como dicen ellos, con derroche de esfuerzo que lo soporta solo un joven.

Durante el periodo de la Violencia son numerosas las imágenes de los jóvenes del campo (hombres y mujeres) que por sus dotes y destrezas fueron claves para la guerra: *El Caporal*, *Elvira* y *Chispas el Joven Violento*, entre muchos otros (Fals Borda, Guzmán & Umaña, 2005: 161-218), muestran la doble concepción de los jóvenes del campo: al mismo tiempo hábiles y peligrosos.

A la par del proceso educativo en las instituciones, Orlando Fals Borda (1961) y Virginia Gutiérrez (1992) reconocen la importancia de la formación de los jóvenes dentro de la familia campesina. Sin embargo, ambos muestran cómo el conflicto llevó, en muchas ocasiones, a la descomposición de las comunidades rurales y a la quiebra de la

institución base de la socialización. En este contexto, los jóvenes se vieron abocados al conflicto y se convirtieron en los “hijos de la violencia” (Fals Borda, Guzmán & Umaña, 2005: 163):

Estos niños son los hijos de la violencia, iniciados en la escuela del crimen alrededor de los diez años y que hoy, a los veinte, son jefes de irreductibles cuadrillas de bandidos. Impresiona verlos actuar con frialdad inhumana. Frecuentemente se halla uno ante muchachos de catorce o quince años en apariencia apocados, que han asesinado diez o veinte personas.

Por otro lado, la socialización normal del joven dentro de la familia campesina también tenía sus desventajas. Virginia Gutiérrez (1992), en su estudio sobre la familia en Santander, hace evidente la forma como la familia campesina reproducía los valores sociales dentro de la población. El trabajo tenía un lugar preponderante dentro de la familia campesina. Sin embargo, las formas de estatus asociadas a la producción y la distribución de los roles de género traían consecuencias desfavorables para el proceso de socialización que hacía a esta población proclive a la violencia. La familia patriarcal otorgaba un papel productivo y activo al hombre y otro reproductivo y pasivo a la mujer; mientras que el primero tenía gran reconocimiento social, el papel reproductivo y las labores domésticas tenían un bajo estatus. De esta forma de distribución de los roles de género se desprendía una serie de restricciones y controles sociales hacia la mujer, quien debía guardar su hogar, su sexualidad y la honra de la familia. La mujer dependía del hombre, quien tenía un papel protector y estaba obligado a muerte a defender su honor y el de las mujeres que estaban bajo su amparo. Como explica Virginia Gutiérrez (1992: 53-54):

Estas afrentas, agravios, insultos, menoscabos de la honra, mancilla del honor, etc., tienen una reglamentación para sancionar al culpable y devolver intacta la honra a quien la ha perdido por la lesión. Van desde la muerte del ofensor hasta los castigos personales, o resarcimientos económicos, etc.

[...].

Se recuerda en un pueblo de provincia que hace unos decenios un señor de altas clases sociales se vio en el apuro de “sacar la cara” por la honra de su hermana. Había tenido relaciones sexuales

prematrimoniales, con el agravante de embarazo, siendo el padre de estrato bajo. [...] Después de hacer pública su denuncia y la intención de sancionar la falta, se llegó a la casa del seductor que trabajaba inadvertido, le dio muerte y expulsó luego a la parienta del hogar. La sociedad vio que había vengado la honra familiar, la suya y la de la muchacha seducida, y aplaudió su conducta.

A pesar de que la violencia y la inequidad de los roles de género han sido con frecuencia vistos como una característica de las familias campesinas, la autora sostiene también que estos valores estaban ampliamente generalizados en Colombia e, incluso, eran favorecidos por la legislación (Gutiérrez, 1992: 55). Orlando Fals Borda también menciona algunas desventajas de la formación dentro de las familias rurales. El autor afirma que la historia traumática de los campesinos, donde ha primado durante siglos la violencia y la precariedad, generó que dentro de la familia se gestara un *ethos dórico* caracterizado por la “porfiada pasividad y resignación” (Fals Borda, 1961: 285). A pesar de su hospitalidad, laboriosidad y la “desconcertante capacidad de resistencia, austeridad y sacrificio” (Fals Borda, Guzmán & Umaña, 2005: 163), los campesinos, sometidos por el gamonalismo y dominados por la religión, formaron un carácter lleno de rusticidad, melancolía, desconfianza y resistencia al cambio (Fals Borda, 1961: 285-304).

En los textos mencionados, el proceso de socialización de los jóvenes dentro de la familia aparece como un obstáculo para el cambio y el progreso; por otra parte, las escuelas y los colegios rurales tampoco parecían acoplarse a las políticas estatales que hacían énfasis en la productividad. Es así como Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán (1961: 115-125) demuestran que, a pesar de que las políticas del Ministerio de Educación Nacional promovían la formación agropecuaria en las escuelas y los colegios rurales, este tipo de formación era no solo obviado por algunos docentes sino también criticado. Algunos profesores de Aritama afirmaban: “el gobierno piensa que somos una manada de indios salvajes, nos piden que hagamos plantar árboles y vegetales a nuestros niños”¹⁸. A cambio de las labores agropecuarias, los profesores

18 Texto original: “government thinks we are a bunch of wild Indians, asking us to make our children plant trees and vegetables”.

rurales enseñaban cívica y urbanidad (Reichel-Dolmatoff & Dussán, 1961: 120). Si bien en algunos casos la educación no respondió a los fines estatales, algunos campesinos como Jesús Alfonso (entrevista, 2008, mayo 30) y Elvira Mendoza (entrevista, 2009, julio 22) denuncian que la educación tampoco respondió a las demandas de la población rural.

Jesús Alfonso. Enseñaban por ahí cualquier cosa pa'tenernos enyugados.

Elvira Mendoza. Uno tenía que dejar su sombrero y su ruana para sentirse igual a los del pueblo. [...] Era muy triste antiguamente la educación, uno tenía que caminar mucha tierra para ir a la escuela para solo aprender a hacer la firma, eso era muy triste, quedamos como pendejiados.

Los conflictos de la familia, la violencia y el restringido acceso a los servicios del Estado fueron las problemáticas en las que se incluyó a la población juvenil dentro de los estudios sociales previos a la década de 1990. Posteriormente, las nuevas condiciones del campo —donde se destaca la desagrarización, la tendencia a la pluriactividad y la tercerización¹⁹ de la economía— han generado también nuevas perspectivas en los análisis sociales. Estos muestran cómo a pesar de que se agudiza la precariedad de las condiciones de vida de la población rural, la diversificación laboral de los habitantes del campo rompe con la distinción radical de las actividades económicas del espacio urbano en relación con las del rural.

Los estudios de Carlos Salgado y Esmeralda Prada (2000), y el de Jairo Tocancipá-Falla (2005) sostienen que las nuevas actividades desempeñadas por los habitantes de las zonas rurales parecieran disolver los límites tradicionales entre la ciudad y el campo. La imagen de los campesinos apegados a la tierra y el desempeño de las labores agrícolas se ha transformado en lo que algunos han llamado sujetos *cosmopolitas* o *polibianos*²⁰, pues aunque mantienen el vínculo con sus zonas de origen, existe una tendencia al desempeño de actividades no agrícolas.

19 La tercerización de la economía consiste en el proceso de diversificación de las labores del campo. El escenario rural deja de ser un productor de bienes básicos para ser un prestador de servicios ambientales, recreativos, turísticos, entre otros.

20 Jairo Tocancipá-Falla (2005) hace una crítica al concepto de *polybian* usado por Michael Kearney para referirse a los nuevos sujetos sociales del espacio rural. Al ser

En este contexto, los jóvenes también aparecen como sujetos de las investigaciones y empiezan a ser descritos como actores sociales diferenciados del resto de la población rural. Con el incremento progresivo de la escolaridad (Durston, 2000), pero también con la disminución de las posibilidades laborales dentro de las zonas rurales y urbanas, los jóvenes del campo son quienes tienden a desempeñarse en distintos oficios (no siempre estables) en las zonas urbanas, sin romper radicalmente con las actividades agrícolas, los referentes espaciales y los vínculos familiares y sociales del escenario rural. Al mismo tiempo que enfrentan las dificultades de acceder a la educación superior y el desempleo, los jóvenes rurales aparecen como los nuevos miembros de las llamadas “culturas juveniles”.

Los estudios de Yanko González (2004, 2006) y de Laura Guerrero, Ana García y Camila Martínez (2008) observan las manifestaciones identitarias de los jóvenes de origen rural en los espacios urbanos y afirman que esta población se encuentra en la búsqueda de la construcción de una ciudadanía de la que han estado tradicionalmente excluidos. Con respecto a la noción de ciudadanía, las autoras (2008: 2) afirman:

Esta concepción antinómica explica en gran medida los imaginarios frente a conceptos muy comunes como el de *ciudadanía*, *ciudadano*, *ciudadino*, *urbano* y *urbanidad* (aspectos relacionados al área urbana, pero también a una forma de ser legitimamente concebida). En la medida en que por mucho tiempo justificaron la contraposición con el campo, por mucho tiempo también parecen haber justificado la contraposición con el campesino.

Estos estudios evidencian cómo la desocupación de los jóvenes y el acceso o el empleo temporal en las zonas urbanas ha generado la creación de espacios de ocio. Las agrupaciones en las áreas urbanas han permitido a la población rural expresar su “condición juvenil” y articular simultáneamente los significados del mundo rural con las formas de expresión urbanas. Los análisis hacen visibles a los jóvenes

el concepto de *campesino* relativo a un espacio, Michael Kearney propone un nuevo concepto en el que evidencia la adaptación a múltiples espacios y actividades por parte de los habitantes rurales. Tocancipá-Falla afirma que el concepto de *campesino* sigue teniendo sentido para las poblaciones de los Andes que, a pesar de que su realidad se ha transformado, se identifican con el término y lo usan en la movilización social.

del campo como sujetos de las investigaciones, como agentes de cambio y expresión cultural y no solo como actores productivos o víctimas de las condiciones económicas y del conflicto armado. Sin embargo, parece haber en los jóvenes la búsqueda de las características de las llamadas “subculturas” o “culturas juveniles”, para poder ratificar la existencia de *la juventud* dentro de la población rural. En estos estudios, ellos expresan su juventud mientras se vinculan a los espacios urbanos y a los momentos de ocio, en los que se separan de otros grupos etarios y construyen formas estéticas de expresión. Este medio es el que, paradójicamente, les permite acceder a su “condición” como jóvenes.

Así, las imágenes que han sido creadas alrededor de la juventud rural han tenido tres enfoques predominantes. En función de los modelos de desarrollo, que tuvieron un sesgo economicista, se ha configurado en torno al joven rural la imagen de un sujeto productivo para sustentar el progreso de la nación colombiana. En defecto de esta perspectiva, y de la realización efectiva de los jóvenes del campo como sujetos productivos, estos han sido observados como sujetos potencialmente peligrosos que viven en un entorno social vulnerable. Por otra parte, las aproximaciones recientes se han centrado en el estudio de identidad, y aunque estas han dado una nueva mirada a los jóvenes del campo, la categoría de juventud sigue siendo elaborada en función de su acceso a las formas de expresión urbanas.

¿Qué relación han tenido estas formas de representar a los jóvenes del campo con su realidad social? A continuación intentaré mostrar, a partir del estudio de caso en el municipio de Garagoa, los vínculos entre las representaciones y las dinámicas sociales de la juventud rural.

“LOS PLAGOS”. LA JUVENTUD RURAL EN EL MUNICIPIO DE GARAGOA (BOYACÁ)

Llegué a la región del Valle de Tenza y al municipio de Garagoa motivada por la etnografía de Dora Monsalve (2006), quien había descrito en su tesis de grado este territorio como un espacio particular: al mismo tiempo conectado y marginal. Esta región aparecía conformada por una población tradicionalmente campesina del departamento de Boyacá que poseía un cúmulo de conocimientos sobre las actividades agrícolas en una zona minifundista vinculada a las dinámicas del mercado. En el mismo escenario, los habitantes participaban de las

actividades agropecuarias, algunos de la extracción minera; y otros, en ocasiones, incluían la migración a las zonas de economía ilícita como parte del acceso a mejores ingresos. Este conjunto complejo de actividades solo era posible gracias a la topografía quebrada y la ubicación del municipio cerca de Bogotá y Tunja, las zonas esmeraldíferas de Somondoco, Chivor, Muzo y Coscuez y las zonas coccaleras en los Llanos. Los jóvenes eran descritos en gran medida como aquella “población flotante” que —ante las dificultades que enfrentaba la economía agrícola en los últimos años— se desplazaba a las zonas mencionadas intentando mejorar su situación (Monsalve, 2006: 39-40).

Mientras realizaba el trabajo de campo, empecé a notar una clara distinción entre la forma de vida del campo y la de la cabecera municipal. En la actualidad, Garagoa está compuesta por una población predominantemente urbana²¹ que concentra las principales actividades económicas terciarias del municipio y la región en la naciente ciudad: la educación, la atención en salud, los servicios bancarios, el comercio y la recreación. Por su parte, las veredas se caracterizan por una producción agrícola altamente diversificada, de pequeña escala y principalmente destinada al autoconsumo. A pesar del crecimiento urbano de Garagoa, la población no cuenta con unas condiciones de vida aceptables. El 23,28% de la población tiene necesidades básicas insatisfechas, y el 46,79% de ese 23,28% se encuentra en el sector rural. Además, 2.107 personas no saben leer ni escribir y los servicios de salud dependen del Hospital Regional del Valle de Tenza (II nivel), que atiende a la población de ocho municipios (DANE, 2005; Alcaldía Municipal de Garagoa, 2008). Aunque no existen datos oficiales sobre las tasas de desocupación en el municipio, la intranquilidad por el desempleo es una queja frecuente entre los habitantes.

En el pueblo quienes están en la cúspide de esta estructura son los políticos, popularmente llamados “polítiqueros”, y los profesionales, también conocidos como “doctores” o “ingenieros”, sin importar su campo de formación. Mientras que los políticos son reconocidos como gente que tiene un origen en la región, la población reclama que los profesionales son personas externas que acceden a los empleos más

21 La población de Garagoa tiene 16.520 habitantes: 12.390 (el 75%) viven en el área urbana, y 4.130 (el 25%) en el área rural (DANE, 2005).

estables ofrecidos por las instituciones municipales²². Los comerciantes y los dueños de establecimientos son también reconocidos como personas pudientes, y una buena parte de ellos emplea en sus negocios a la gente común del pueblo. Por último, se encuentran los campesinos, quienes hacen parte del panorama de la cabecera municipal, especialmente los días de mercado: jueves y domingo. Las fuentes de ingresos de los campesinos corresponden a la venta de alimentos en el mercado y mediante “contratas”²³. Por otra parte, muchos de los campesinos van al pueblo los domingos no a vender sus productos, sino a comprar el mercado semanal. La inversión en agroquímicos para la siembra les resulta más costosa que la compra de alimentos. En estos casos, la venta de leche, huevos, cuajadas y arepas es su principal fuente de ingresos, además del cultivo de productos estratégicos, como el plátano, la yuca y el maíz, que no requieren el uso de insumos agrícolas.

Las condiciones de desempleo y las escasas posibilidades de acceder a los recursos han generado entre los habitantes del municipio una visión sobre la población campesina asociada a la pobreza. Sin embargo, existen posiciones opuestas entre los habitantes del campo y los del pueblo con respecto a esta condición. ¿Quiénes son los pobres? es un asunto que queda sin resolver cuando se comparan los puntos de vista de la población de ambos escenarios. Para los habitantes de la ciudad, los del campo son pobres por naturaleza; así mismo, en ocasiones, los pobladores que en apariencia poseen pocos recursos son llamados “campesinos”. Sin embargo, en el campo admiran a los del pueblo, pero no por su riqueza sino porque no entienden, ante el desempleo y los gastos de la cabecera municipal, cómo hacen para vivir. En el campo por lo menos pueden cultivar para comer, pero en el pueblo “con tanto desempleo yo no entiendo ¿cómo hacen?”, afirma Raquel Melo, habitante de la vereda Ciénega Valvanera (entrevista, 2008, junio 22).

Al mismo tiempo que se ha presentado un crecimiento urbano en Garagoa, la población rural ha perdido la capacidad productiva para su autoabastecimiento. El repliegue de la producción agrícola, que se afianzó después de 1991, tiene algunas de sus causas en periodos precedentes. Ciertas políticas nacionales se unieron a eventos locales con

22 La Alcaldía, el Hospital y la Corporación Autónoma Regional de Chivor.

23 Ventas por encargo.

efectos desfavorables para la producción local. Entre estos cabe mencionar los resultados conjuntos de la construcción de la Represa de Chivor y la incorporación de las tecnologías de la Revolución Verde por parte del programa DRI, en la década de 1970. Según los testimonios locales, para la realización de la represa, en 1971, se inundaron las tierras bajas, consideradas como las más fértiles, y como consecuencia la temperatura bajó y la humedad aumentó. La producción de frutales de clima cálido (tomate de árbol, mango, papaya, chirimoyas, guamas y cítricos) recibió un fuerte impacto y con el incremento de la humedad relativa aparecieron nuevas plagas en los cultivos, lo que disminuyó las posibilidades de intercambio regional²⁴. Este fenómeno, que no ha sido estudiado en profundidad, fue reconocido por los profesionales y técnicos de la región, y durante décadas ha causado un descontento generalizado entre los habitantes, quienes afirman que la obra no retribuyó a la región por las desventajas generadas. Aunque Garagoa nunca ha sido un gran centro de producción para el mercado regional, en los últimos treinta años la población ha perdido la capacidad de producción para el autoconsumo, lo que ha traído como consecuencias una mayor dependencia del mercado y la vulnerabilidad económica de la población. En este contexto surgen las representaciones de los campesinos sobre la juventud rural, así como las dinámicas de los jóvenes en el espectro de posibilidades que les otorga la región.

Junto a la disminución de la productividad agrícola, también se han transformado la organización social de la población y el papel desempeñado por los jóvenes. Los habitantes del campo afirman que hasta hace treinta años existía un conjunto de labores que eran desempeñadas por los campesinos y enseñadas a las siguientes generaciones. Entre estas, existían los oficios de gañanes²⁵, atajadores²⁶, molenderos²⁷,

24 Los costos del transporte y la inversión en agroquímicos hacen que los productos locales no compitan con los que provienen de las grandes centrales de abastos. Estos últimos corresponden aproximadamente al 70% de los productos que son comercializados actualmente en el mercado del municipio.

25 En la siembra, son quienes manejan el arado con yunta de bueyes.

26 Son los jóvenes ayudantes del gañán que llevan la aijana o puya, una vara terminada en punta con la que arrear a los bueyes.

27 También conocidos como prensadores, los molenderos son los encargados de introducir la caña al molino para producir miel.

oficiales²⁸, horneros²⁹, arrieros, cargueros, sacafiques, tejedores, hilanderas, parteras, cocineras y ganachichas³⁰. De los estatus sociales que estaban presentes solo los gañanes, los atajadores y las cocineras siguen siendo figuras representativas. Esa forma de organización social les permitía a los jóvenes aprender oficios que tenían un reconocimiento en las veredas. Como afirma Gustavo Perilla (entrevista, 2009, marzo 23), no existía una instrucción “formal”, pero la enseñanza a través de las redes familiares garantizaba el aprendizaje de estos oficios:

Por lo general eran herencias, eran oficios heredados. Aprendían al lado del papá y ahí iban teniendo experiencia, teniendo cancha. Ahí le enseñaban que el animal es uno, que los animales saben a quién le maman gallo, a no arrimarse con miedo. Luego, con el tío o con el padrino, le decían vaya m'ijito ayúdele a su padrino. Usted sabe que uno con el papá poco puede trabajar, el papá siempre lo ve a uno como un niño chiquito. A la mamá o al papá se le puede mamar más gallo. Con el padrino le toca finito, se le tiene más respeto al padrino o al tío.

Entre los oficios de las mujeres, se encontraban aquellos relacionados con los tejidos y la producción y transformación de alimentos:

Eran reconocidos los telares. Los tejedores tenían en sus casas sus tejidos. Había mercado de vellón. Los tejedores eran más mujeres que hombres, mujeres en formación o mujeres criando. Eran reconocidos los de Don Ángel María Cuesta, Don Alionato, Don Silvino. Tejían las mujeres, pero eran las casas de ellos. Eran empresas familiares.

Pero estaban también las hilanderas: eran muy reconocidas, usaban tortero y huso. Vendían su hilo para tejer, sacaban la madeja. Eran mujeres reconocidas por ese oficio. [...] Era por herencia. Los tíos le regalaban un huso.

Entre las mujeres, las cocineras eran las más queridas, tener buen sazón [...]. Había cocineras de jornal, de estar en un lado y otro. El de la molienda ofrecía la comida. Para el molendero y para el gañán era especial la comida, más carne, más queso, más guarapo.

28 Son, por lo general, jóvenes ayudantes de los prensadores y demás trabajadores del trapiche.

29 Son los encargados de manejar los hornos de la molienda de caña.

30 Músicos de la región.

Por su parte, los hombres tenían a su cargo las labores de los cultivos y el transporte de la producción.

Los arrieros son los que tienen una flota de mulas. No caballos, mulas. En una mula hay tres caballos. Se enrazaban ahí mismo. Había otros que se dedicaban a sacar [reproducir] los burros. El macho romo, la mula roma, el muleto, el burro muleto. Para sacar los fuertes y guapos. A las mulas las hacían parir.

[...].

Los arrieros son como cualquier transportador, como cualquiera que tiene un camión. Se iban y duraban un mes por fuera. El arriero era como un marinero: dejaba hijos en cada puerto.

En el campo todos conocían las labores de la agricultura, que hacía parte del sentido común. Pero el reconocimiento social se adquiría por el desarrollo de un talento específico que implicaba el conocimiento completo de un proceso de producción: el conocimiento tecnológico, la fabricación de los instrumentos de trabajo, el manejo de una técnica y la obtención de los recursos y materias primas para el proceso. Las labores no siempre implicaban el desempeño directo sobre la producción agrícola. Así, los arrieros eran considerados campesinos aunque la labor que le otorgaba su estatus específico era el transporte. Por su parte, los ganachichas eran los campesinos que adquirirían reconocimiento social por ser músicos, una labor completamente distinta a la producción agrícola. Así los describe Marina Rivera: “Los ganachichas tenían un tiple. Eran musiquitos. Trabajaban en el campo. En el campo y en el pueblo. Eran en grupos de tres o cuatro con maracas, tiple, requinto y bandola. Formaban una murga: así llamaban el grupo de fiesta” (entrevista, 2009, marzo 23).

A pesar de que los oficios mencionados tenían un importante reconocimiento social, estos no constituían un papel permanente ni exclusivo: los molenderos también podían ser gañanes, los gañanes también eran peones. Ni siquiera la diferencia entre el *peón* y el *patrón* eran papeles estables. Esta dependía del ejercicio del oficio y de las condiciones en que se establecía el contrato para realizar una labor. El patrón era el dueño de la tierra, y el peón, era quien prestaba sus servicios. Por lo tanto, los jóvenes, aun sin tierra, se organizaban en grupos o *peonadas*.

Ser joven entre los campesinos hacía referencia a la belleza y a la fuerza física (“ser parejo”, “tener salud”); también, estaba asociado a la ausencia de la pericia y el carácter del adulto para desempeñarse en una labor. Mientras que los jóvenes se definían por su gran movilidad dentro de las veredas —hecho que los hacía merecedores de apelativos como “plagos”, “langostas” o “volantones”—, el adulto, por su parte, debía tener tierra, establecerse y conformar una casa. La adultez se definía en función de la autosuficiencia del campesino; ser patrón, es decir, tener tierra, un oficio y un carácter, era la base de la diferenciación en relación con los jóvenes.

Había también otras marcas de diferenciación social del joven con respecto a otras edades. En el caso de los hombres, tener una “peinilla” propia, o machete, significaba haber dejado la edad infantil. Sin embargo, los adultos poseían vestuario y herramientas más especializadas. La forma, la calidad y el tamaño de los cuchillos, el tipo de sombrero, las quimbas, las cotizas, las varas y los delantales iban configurando los atributos particulares de los adultos. Las mujeres, por su parte, tenían un vestuario más homogéneo: “falda ancha con dos o tres enaguas, con manta o pañolón y un pañuelito para ir a misa”. Su paso a la adultez estaba marcado por el matrimonio y la maternidad.

Sin embargo, un conjunto de factores ha impedido la reproducción de la mayoría de los oficios: las dificultades de la producción agrícola, las representaciones negativas del estatus del campesino, las aspiraciones de los jóvenes y su creciente migración. Estos factores han hecho que los distintos oficios, que eran desempeñados dentro del espacio rural, hayan cedido en función de la diversificación laboral producto de la migración. El repliegue de la producción agrícola está también asociado a la disminución de la población juvenil. Las representaciones negativas —como la pobreza, la violencia y el atraso— han hecho que los jóvenes busquen por varias vías tener un reconocimiento social y acceder a distintos recursos. Según los testimonios, en el caso de Garagoa la migración del ámbito rural al urbano para acceder a la educación primaria y secundaria es generalizada entre los estudiantes de las veredas cercanas a la cabecera municipal. Sin embargo, la búsqueda de oportunidades de educación superior ha perdido paulatinamente importancia. El desplazamiento hacia las ciudades para desempeñarse en trabajos no calificados continúa siendo constante, al

igual que el desplazamiento hacia las zonas mineras cercanas. Además de lo anterior, la migración para el trabajo en los cultivos ilícitos ha sido la ruta creciente en los últimos años. Dentro de estas opciones, los esfuerzos asociados de la educación y el “dinero fácil” y riesgoso han sido los dos polos de mayor impacto sobre la juventud.

Gran parte de los campesinos afirma que la ausencia de jóvenes es una causa contundente para la disminución de la producción. Además, ellos observan con sospecha las aspiraciones de los jóvenes y su negativa a desempeñarse en las labores del campo. Ana Fernández (entrevista, 2009, marzo 16), campesina de la región, afirma que hace aproximadamente unos cuarenta años “había mucha juventud, mucho obrerismo”. Hoy, cuando la caña está para moler, “no hay ni quien la compre, no hay ni quien la muele”. Con respecto a las dinámicas de los jóvenes, ella sostiene que:

El gobierno se tiró mucho la humanidad con la juventud. En un tiempo había mucho trabajador para la labranza, había muchos hombres y mujeres, había mucho respeto. Hoy en día hay mucho amancebado, mucho irrespeto. Señoritas hechas y derechas y hombres ya mocitos. ¡Plaguera de amancebados! por el mismo gobierno. Si aprenden el estudio se van a buscarse la plata y se quedan de vagos por ahí. El hijo ya no quiere cabrestiar como el papá. Se quedan de vagos, carretera arriba, carretera abajo. Ya se les hace costa arriba; se les daña la pintá de la uña.

Enriqueta Gómez (entrevista, 2009, marzo 17), de la vereda Ciéne-ga Valvanera, tiene una perspectiva similar, pero afirma que la causa del cambio de los jóvenes no está en el gobierno sino en la transformación de la producción agrícola: “La gente antigua era más potente; la gente de ahora ya no es guapa. Ahora le ponen muchas drogas a la sementera. Estos plagos de ahora son como la pluma... que vuela por el aire”.

Mientras que para la población campesina que ha permanecido en la zona rural vivir en el campo significaba autonomía³¹, para la población que ha migrado y luego ha vuelto a las veredas, la zona rural

31 Jorge Vallejo (entrevista, 2009, mayo 22) explica que hasta “hace treinta años la gente era autónoma, solo se compraba el jabón y la sal”, razón por la cual el campo ofrecía las condiciones necesarias para tener bienestar.

nunca ha ofrecido unas condiciones de vida aceptables. Marco Julio Lesmes denuncia que existen carencias a las que siempre han estado sometidos: “A mí me daba tristeza..., descalzos. Le ponían a uno a hacer la ropita aventajada, grande, y uno iba creciendo. El saco me quedaba de falda. Nosotros mejoramos porque salimos. Había hambre. Se trabajaba mucho el brazo. [...] Me devolví para el campo para estar tranquilo” (entrevista, 2009, agosto 28).

Independiente de si la producción agrícola ha solventado las demandas de los campesinos, en esta región los jóvenes han tenido otras opciones para obtener mayores ingresos. Desde la década del sesenta la población se ha desplazado en forma masiva para desempeñarse en la minería y en los cultivos de marihuana y de coca. Así lo describe Alirio Gamboa (entrevista, 2008, junio 28):

En la década de los sesenta, setenta y parte del ochenta había las minas de Coscuez, las de Somondoco y las de Chivor, entonces arrancaba la juventud para allá, emigraba totalmente y se iban a gaaquear. Ese término *gaaquear* acá es muy conocido porque era lavar tierras; botaban las piedras y tamizaban, de pronto conseguían una chispita. Eso también era un problema porque realmente los dueños del negocio eran unos tipos de mucha plata apoyados por el gobierno que, en esa época, les habían dado en contratación esas minas... Entonces, lo que hacían era echar esa tierra para abajo y la tamizaban, salía morralla y de la morralla salía esmeralda. Entonces la gente se enguacaba, cogían una esmeralda o una chispa que costaba unos dos, tres millones de pesos, a veces cinco o diez millones, entonces la gente se enloquecía. Eso hay muchos cuentos: que se colocaban el sombrero “pelóe guama”, que con revólveres, pistolas, que se ponían el pueblo de ruana, que enamoraban las mujeres más bonitas. Decayó la época de las esmeraldas y luego vino la época de la marihuana.

A pesar de que la minería fue una actividad en la que muchos encontraron fortuna, Gustavo Perilla (entrevista, 2008, julio 7) sostiene que la marihuana y la coca han sido también actividades de gran impacto.

En el año 66 se comercializaba hachís en el asadero de pollos, pero la producción iba toda para fuera. Así se crecieron todos estos pueblos; los “planteros” de los Llanos venían a buscar sus obreros para sembrar sobre todo allá; acá también se sembró, pero era

gente que no era de acá, porque la gente de acá siempre ha sido como sana. En el 76 mucha gente se desplazó. Allá abajo era coca, acá era marihuana. En esos años llegó mucha gente también para la construcción de la represa de Chivor.

A principios de la década del setenta, la construcción de la Represa de Chivor generó grandes transformaciones en la región. Varios habitantes participaron en la construcción y muchos otros llegaron para trabajar en esta. Sin embargo, los empleos decayeron tras la finalización de la obra y, en cambio, hubo reiteradas denuncias en torno al impacto ambiental de la represa. Además, la población campesina y los jóvenes en general tienen aspiraciones distintas a la de desempeñarse en las actividades agrícolas. Adquirir una profesión es una opción entendida como incompatible con el estatus de campesino: “En antes decían: nació el gañán y la niña, la cocinera. Nacían peones, ¡piones! [corrigió], ahora nacen ingenieros”, afirma Olga Galindo, habitante de la vereda Guánica Grande (entrevista, 2009, abril 11).

La educación sigue siendo una aspiración común entre los jóvenes, aunque muchos afirman que no conduce a mejorar las condiciones económicas. Además, hay una fuerte desconfianza en la que es impartida en el campo, y a pesar de que hoy existen mayores posibilidades de acceder a colegios y escuelas en el sector rural, muchos de estos son clausurados por falta de estudiantes. Con respecto a la situación demográfica de las veredas, Marco Julio Lesmes (entrevista, 2009, agosto 28) explica: “Yo no veo quién va a sufrir en el campo si ya no hay nadie. Tendrá que venir gente de muy lejos a comprar esto porque los hijos ya no. [...] Hace unos años había como ciento veinte chinos. Imagínese eso, rendían los ladrillos para construir la escuela. Hoy no hay más de once jóvenes en toda la vereda”.

Los caminos para acceder a un mejor estatus social son diversos. Lo que está claro es que la mayoría de ellos son inciertos y dependen de la “suerte” de cada quién. La población campesina afirma que ha sido “abandonada” y que el futuro de los jóvenes no depende de su capacidad productiva, ni de las estructuras sociales, ni de los mecanismos y políticas de educación e integración al trabajo, sino de la “Providencia”. En las historias de juventud de muchos habitantes, salir del campo está asociado con un “golpe de suerte” que ha definido su futuro. Así, Emperatriz

Ávila (entrevista, 2009, marzo 24) explica que su vida actual se definió en un encuentro fortuito cuando dejó su casa siendo aún joven: “Yo salí de mi casa a los veintitrés años con una muda de ropa. Eso era trabaje y trabaje y trabaje, y uno no ganaba nada, a uno no le daban nada, hasta que me fui, y por el camino me encontré con una señora que me llevó a trabajar a Bogotá”. Rafael Novoa (entrevista, 2008, agosto 1) afirma que su vida y la de aquellos que se hacen mineros también está marcada por haberse “enguacado” durante la juventud.

A mí me mandaron a llevar cinco arepitas en un canastico, y fui, y el señor estaba dentro del túnel trabajando y a mí me tocaba esperar a que saliera, y cuando salió le entregué las arepas. Me dijo: “busque por ahí en el tierrero que de pronto, por ahí”, y me encontré un canutillo [una esmeralda]. [...] eso era mucha plata, yo le envolví bien.

[...].

[En la mina] un muchacho que entró de cocinero... de cargar tinto, todavía no era ni cocinero, se encargaba de llevar tinto a los cortes. Después lo ascendieron a cocinero; ya de cocinero se enguacó y ahora es un negociante el berraco.

Algunos jóvenes también afirman que han sido eventos inesperados los que los han puesto en su situación actual. Entre ellos, el testimonio de Miguel Díaz, mesero de trece años, y la historia de un joven universitario ratifican esta percepción: “Yo sé que estudiar es lo importante, pero no pude seguir estudiando... se me perdió la tarjeta de identidad. [...] [Conseguir otra...] mmm, no pero es muy difícil. Pues es que yo le ayudo a mi mamá. A mi papá lo mataron en la Gabbarrá” (Miguel Díaz, entrevista, 2009, julio 22). Por su parte, Mauricio Mendoza afirma (entrevista, 2008, mayo 23):

Yo rozaba en la vereda, y quería seguir ahí, pero me cayó una astilla en el ojo y me di cuenta que no podía seguir en eso, que eso no era lo mío. Me fui a estudiar a Bogotá. [...] De los que terminamos en el colegio, yo soy el único que estudia en Bogotá, el resto se fueron a San José³²... yo también pensé en ir a San José, pero no me

32 San José del Guaviare, sitio reconocido por la incorporación de los jóvenes a las actividades ilícitas.

fui; mi hermana sí se fue para allá un tiempo. [...] Vivo en Bogotá, pero cuando puedo vengo a la finca a ayudarle a mi mamá, y tengo unas vacas que son mi plante pa'l estudio. Me gusta Bogotá porque nadie critica, pero no me gusta porque todo es plata. Acá la gente no valora el estudio, se burlan de uno. La gente está desactualizada. Acá no se ven los punkeros que se ven en Bogotá. [...] Acá no hay trabajo, no hay plata; yo duré mucho tiempo intentando conseguir trabajo y por ahí pagaban 100.000. En Bogotá fue más fácil.

Entre la incertidumbre, el desempeño en las actividades ilícitas es una de las opciones más sólidas, de fácil acceso y mayores ganancias a pesar de los riesgos que representan. En muchas ocasiones, los jóvenes ingresan a este tipo de actividades con el deseo de ganar dinero suficiente, para luego costearse los estudios universitarios. Sin embargo, algunos profesionales del municipio afirman que la remuneración que los jóvenes obtienen “raspando coca” no compite con las opciones laborales que pueden conseguir en la cabecera municipal, incluso tras varios años de estudio. “[En la coca] yo me gano en cuatro días lo que usted se gana en un mes, y me lo consignan en el banco” (Leonardo Prieto, entrevista, 2008, julio 16). Esta fue la respuesta que un joven le dio a un profesional que intentó convencerlo de ir a la universidad. Ante estas posibilidades, las actividades ilícitas son una opción deseable que garantiza un futuro económico (jóvenes escolares, entrevista, 2008, agosto 2).

Diego. En diez años quiero estar traficando pollos [coca].

Cristian. Yo quiero estar en el fútbol.

Diego. [Ríe]... Pero de aguador, alcanza bolas o de celador de coliseo.

Carolina. Yo no sé, lo que salga, a mí me gusta cantar. También me gusta arreglar el pelo, yo misma me lo corto.

Aunque muchos jóvenes rurales tienen el conocimiento de las labores agrícolas y se desempeñan en algunos cultivos comerciales como el del lulo y el tomate, que les pueden garantizar algunas entradas económicas, ellos prefieren probar suerte durante la juventud antes que permanecer en el campo. En la mayoría de los casos poseen una visión negativa del futuro que les espera como campesinos, y no

están dispuestos a someterse a las formas de subordinación asociadas a su origen rural. Milton Gordillo (entrevista, 2009, abril 11) explica:

Para mí, me gustaría haber vivido el ser campesino de otra manera; ir con ropa vieja pero limpia. Haber hecho valer mis derechos, vendiendo mis productos como los venden en los grandes autoservicios de cadena. No vivir de las apariencias; entrar a mi pueblo, entrar a mi pueblo embarrado por el trato que me daba mi camino real. Porque a mí me hacían bañar los pies antes de entrar al pueblo y hacer poner unas cotizas, que se usaban unos cuantos metros del barro seco al adén del pueblo. Me hubiera gustado que la comida del visitante hubiera sido la misma que diariamente comíamos. Que el trato de los tenderos hubiera sido mejor, sin burlesco hacia uno, sin indiferencia, sin discriminación. Lo dejaban a uno de último. Que la carne que nos vendían no fuera hueso sino pulpa, porque la plata vale igual para todo mundo. A los campesinos nunca nos vendían carne pulpa.

En espera del momento que les dé la posibilidad de desempeñarse en algo que llene sus expectativas, los jóvenes optan por emplearse en distintas actividades como: carretilleros, cuidadores de ganado o empleados de los establecimientos comerciales. Otros intentan crear pequeñas empresas familiares para la elaboración de escobas, sombreros, vestidos, mermeladas, siempre con remuneraciones inferiores al salario mínimo y con la competencia de productos que en el mercado son ofrecidos a menores precios y con una mejor calidad. En la búsqueda, construyen lugares de encuentro y formas de comunicación con otros jóvenes. Las guarapotekas³³, el parque central y los grupos de campunkeros³⁴ son escenarios en donde los jóvenes rurales integran las prácticas de la vida campesina con los estilos juveniles de la población urbana. En tales escenarios intentan encontrar una salida a la productividad que les es exigida en la zona rural y satisfacer el deseo de consumo sin posibilidades de realización en el pueblo. En las guarapotekas por unos cuantos pesos pueden conseguir guarapo³⁵

33 Lugares de fiesta, reunión y venta de guarapo para jóvenes en el pueblo de Garagoa. Son análogos a las discotecas de las zonas urbanas.

34 Mitad campesino y mitad punkero, según la definición de Mauricio Mendoza (entrevista, 2008, julio 23).

35 Bebida fermentada a base de caña.

e interactuar con la gente del pueblo que frecuenta estos lugares; en el parque, sin gastar dinero pueden encontrar algo de diversión conversando con otros jóvenes. Y para tener un estilo particular, para ser campunkeros, solo necesitan un peinado y su origen rural.

Pero el temor a ser tachados de “vagos” y la necesidad de pensar en el futuro, los obliga a buscar una fuente de recursos económicos. Aunque la decisión individual de incorporarse a las actividades agrícolas, a la educación o a los distintos oficios tiene un peso importante sobre el devenir de los jóvenes, en la mayoría de los casos este depende más de las condiciones económicas en las que se encuentran que de su conocimiento y su capacidad de trabajo.

Las imágenes creadas de esta población han incidido, principalmente, en las aspiraciones de la juventud rural. La productividad y las percepciones negativas asociadas al campesinado no solo han estado en las políticas y en algunos estudios sociales, sino también se han incorporado al sentido común de la población urbana y rural. En el caso de Garagoa, por un lado, las representaciones y la demanda de productividad de los jóvenes han generado el deseo de la incorporación temprana al trabajo, aun cuando el contexto social no propicia la inserción de los jóvenes a un mercado laboral que los beneficie. Por otro, las imágenes de pobreza y atraso, relacionadas con el modo de vida campesino, han hecho que muchos de los jóvenes no deseen permanecer en la zona rural, ni aprender y reproducir la forma de vida de sus poblaciones de origen.

CONSIDERACIONES FINALES

Este trabajo hace explícitas las formas como ha sido imaginada la juventud rural y estudia sus dinámicas desde una perspectiva etnográfica. El análisis de las representaciones de los jóvenes y el trabajo de campo permitieron dar relevancia a estos sujetos y actores sociales, quienes, sin embargo, se desenvuelven en las demandas económicas de la población campesina y las distintas formas de subordinación y exclusión por parte del Estado y el conjunto de la sociedad. La incidencia de las políticas públicas y el escaso reconocimiento social de los campesinos han tenido efectos importantes sobre las aspiraciones de los jóvenes. El deseo de migrar o desempeñarse en labores distintas a la producción de alimentos ha truncado, en muchos casos, la reproducción del conocimiento y las formas de vida de los campesinos.

Los jóvenes se enfrentan de manera simultánea a la desarticulación de las estructuras laborales del sector rural y a las barreras de su inserción al trabajo dentro de otros escenarios. En medio de la incertidumbre, la economía ilícita es una de las salidas más cercanas para asegurar un futuro económico. En otros casos, los jóvenes esperan y buscan un momento de suerte para poder integrarse a un papel social estable. Sin embargo, el abandono de las labores agrícolas no es una consecuencia normal del funcionamiento de las poblaciones rurales.

En contra de la idea generalizada sobre el atraso de las poblaciones rurales, la migración y la desagrarización del campo no son consecuencia exclusiva de las prácticas de la población rural, como tampoco son fenómenos intrínsecos a sus formas de vida. De acuerdo con Lourdes Arizpe (1985), la migración rural no es un fenómeno aislado, sino que se encuentra asociado con los flujos de capital y las formas de interacción entre distintas economías. Aunque dentro de las poblaciones campesinas existen formas de migración “golondrina” o estacionales asociadas a las cosechas y los ciclos productivos, el fenómeno de migración que desarticula la sociedad rural está relacionado con otros dos fenómenos: uno económico, que se basa en el intercambio inequitativo entre la economía capitalista y la economía campesina, y otro cultural, al que la autora llama “revolución de aspiraciones”, donde este flujo desigual de recursos genera una baja valoración social de las formas de vida campesina y exalta los deseos asociados a los patrones de consumo urbanos (1985). Las representaciones de las poblaciones rurales afianzan y reproducen las formas inequitativas de interacción entre estas poblaciones y el conjunto de la sociedad. Las imágenes elaboradas sobre los campesinos son el resultado de su subordinación histórica, cuyos efectos más significativos se encuentran en la naturalización, aceptación e incorporación de tales representaciones en la cotidianidad de la población y en las demandas que hacen a las siguientes generaciones. Los jóvenes rurales se encuentran en medio del camino de conciliar y poner a prueba los diferentes significados culturales a los que se encuentran expuestos*.

* Agradezco a Daniela Castellanos por sus sugerencias a la primera versión del texto. Espero haberlas atendido satisfactoriamente. Por último, agradezco a la gente de Garagoa por pasar su preciado tiempo conversando conmigo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcaldía Municipal de Garagoa. (2008). *Plan territorial de salud*. Documento no publicado. Garagoa, Boyacá (Colombia).
- Arizpe, L. (1985). *Campesinado y migración*. México: SEP Cultura.
- Barbero, J. (1998). Jóvenes des-orden cultural y palimpsestos de identidad. En H. Cubides, M. Laverde & C. Valderrama (eds.), *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central, DIUC, Siglo del Hombre Editores.
- Bateson, G. & Mead, M. (1942). *Balinese character: A photographic analysis*. New York: The New York Academy of Science.
- Benedict, R. (1967). *The Chrysanthemum and the sword: Patterns of Japanese culture*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Caro, A. (1981). *Educación rural en Colombia 1960-1980. "Un primer análisis"*. Tesis de pregrado, no publicada. Universidad Nacional de Colombia.
- Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía [CELADE-CEPAL], Fondo de Población de Naciones Unidas [FNUAP], Organización Internacional de la Juventud [OIJ]. (2000). *Adolescencia y juventud en América Latina y el Caribe. Problemas, oportunidades y desafíos en el comienzo de un nuevo siglo*. Santiago de Chile: CELADE-CEPAL, FNUAP, OIJ.
- Colbert, V. (1999). Mejorando el acceso y la calidad de la educación para el sector rural pobre. El caso de la Escuela Nueva en Colombia. *Revista Iberoamericana de Educación*, 20, 107-136.
- Costa, P., Pérez, J. & Tropea, F. (1997). *Tribus urbanas*. Barcelona: Paidós.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (1964). XIII Censo Nacional de Población y II de Vivienda. Bogotá: DANE.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (1973). XIV Censo Nacional de Población y III de Vivienda. Bogotá: DANE.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (1985). Censo. Bogotá: DANE.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (1993). XV Censo Nacional de Población y IV de Vivienda. Bogotá: DANE.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (2005). Censo General. Bogotá: DANE.
- Dirección Nacional de Estadística [DNE]. (1951). XII Censo Nacional de Población, II de Edificios y I de Vivienda. Bogotá: DNE.

- Durston, J. (2000). Juventud rural y desarrollo en América Latina. Estereotipos y realidades. En S. Donas (comp.), *Adolescencia y juventud en América Latina*. San José de Costa Rica: CEPAL.
- Enciso, P. (2004). *Estado del arte de la etnoeducación en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.
- Escobar, M. (coord.). (2004). *Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985-2003*. Bogotá: Programa Presidencial Colombia Joven, Agencia Cooperativa Alemana (GTZ-Unicef), Universidad Central, Departamento de Investigaciones (DIUC).
- Fals Borda, O. (1961 [1955]). *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío*. Bogotá: Punta de Lanza.
- Fals Borda, O., Guzmán, G. & Umaña, E. (2005 [1962]). *La Violencia en Colombia I*. Bogotá: Taurus.
- FAO. (1993). *Experiencias de mercadeo de pequeños agricultores en el marco de proyectos de desarrollo rural integrado*. Roma: FAO.
- Feixa, C. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Editorial Ariel.
- García, J. (s. f). *Manual para la asociación de jóvenes agricultores*. Bogotá: Federación Nacional de Cafeteros.
- González, Y. (2004). Óxido de lugar: ruralidades, juventudes e identidades. *Revista Nómadas*, 20, 194-209.
- González, Y. (2006). *Metaleros y cumbiancheros: ¿Culturas juveniles en el campo?* Santiago de Chile: Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral.
- Guerrero, L., García, A. & Martínez, C. (2008). *Categorías etáreas: ¿Juventudes campesinas?* Seminario internacional Configuración de los territorios rurales en el siglo XXI. Bogotá, 28 al 31 de marzo.
- Gutiérrez, V. (1992). *Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Instituto Colombiano Agropecuario [ICA]. (1971). *Problemas de mercadeo y producción del campesino*. Bogotá: Ministerio de Agricultura.
- Johnston, B. & Mellor, J. (1962). El papel de la agricultura en el desarrollo económico. *El Trimestre Económico*, 29, 279-304.
- Kalmanovitz, S. & López E. (2006). *La agricultura colombiana en el siglo XX*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Margulis, M. & Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En H. Cubides, M. Laverde & C. Valderrama (eds.), *Viviendo*

- a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades.* Bogotá: Universidad Central, DIUC, Siglo del Hombre Editores.
- Mead, M. (1990 [1928]). *Coming of Age in Samoa.* New York: The New American Library.
- Monod, J. (2002 [1968]). *Los Barjots.* Traducción de Pablo Grosschmid. Barcelona: Ariel.
- Monsalve, D. (2006). *La humanidad de las semillas sembradas en la santa tierra.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Murad, R. (2003). *Estudio sobre la distribución espacial de la población en Colombia.* Santiago de Chile: CEPAL, Naciones Unidas.
- Naciones Unidas. (2005). Young people in poverty: Dimensions and policy implications. En *World youth report 2005.* Consultado el 10 de septiembre de 2009 en www.un.org/esa/socdev/nyin/documents/wyro5book.pdf
- Parra, R. (1986). *La escuela inconclusa.* Bogotá: Plaza y Janés.
- Parra, R. & Zubieta, L. (1983). *Escuela, marginalidad y contextos sociales en Colombia.* Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Reichel-Dolmatoff, G. & Dussán, A. (1961). *The people of Aritama.* London: Routledge and Kegan Paul.
- Rodríguez, E. (1999). *Juventud y políticas públicas en América Latina.* Umbrales, Segundo Seminario de Investigadores sobre Juventud de Colombia y de América Latina. Medellín, 27 al 30 de abril.
- Salgado, C. & Prada, E. (2000). El campesinado de hoy. En *Campesinado y protesta social en Colombia 1980-1995.* Bogotá: CINEP.
- Stloukal, L. (2004). Rural population ageing in developing countries: Issues for consideration by FAO. En *Population and development service.* Consultado el 23 de septiembre de 2009 en www.fao.org/sd/dim_pe3/pe3_040401a1_en.htm
- Suárez, A. (2007). *El modelo agrícola colombiano y los alimentos en la globalización.* Bogotá: Ediciones Aurora.
- Tocancipá-Falla, J. (2005). El retorno de los campesinos: una revisión sobre los esencialismos y heterogeneidades en antropología. *Revista Colombiana de Antropología*, 41, 7-41.
- White, W. (1981 [1943]). *Street corner society.* Paris: Editions la Decouverte.
- Yepes, D. (1976). Inmigración a Bogotá 1922-1972. *Revista de Planeación y Desarrollo*, 2(8), 207-213.